

Por qué publicar

JORGE ARTURO DÍAZ REYES, MD*

La respuesta, hoy, cuando los medios y hasta el panorama callejero están saturados con el tema, parece obvia. Porque la Cirugía Plástica ha sido colocada en el escaparate de la sociedad de consumo, y en esta, publicar es anunciar, anunciar es vender, vender es ganar, y ganar no es todo, es lo único.

El grueso de la publicación que provoca hoy la especialidad, es propaganda comercial, ávida, estridente, de gran espectro, escasa veracidad, fácil discurso, ningún rigor, poca ética, e impune peligrosidad. Su móvil es el mercado.

Entonces, debemos precisar. ¿Por qué publicar científicamente Cirugía Plástica? O mejor ¿Por qué, además de trabajar duro, quebrarse la cabeza redactando exigentes artículos, no pocas veces rechazados y siempre criticados, para una minoría, no de potenciales clientes sino de competidores?

¿Qué contestar a eso sin parecer tonto? ¿Cómo invitar a tal esfuerzo? Quizá lo primero, sería cuestionar la no rentabilidad. Pues la publicación científica puede generarla, y grande. Hablando solo de cirugía, tratemos de imaginar cuánto dinero supusieron artículos como:

Aquel de Cronin y Gerow 1963. «Mamoplastia de aumento: Una nueva prótesis sensiblemente natural». O la simple presentación del caso; Extirpación de tumor retiniano, primer uso quirúrgico de Laser, por Campbell y Koester. 1961. O, los primeros informes del uso cosmético de toxina Botulínica, por Jean y Alastair Carruthers, en 1990... Son cifras inimaginables.

Pero luego, recordar que Cirugía Plástica, especialidad médico-quirúrgica, bien sea entendida como arte, servicio, comercio, es disciplina científica, y la ciencia nace y vive de la comunicación. Esa es la respuesta. Somos ciencia y la ciencia es comunicación.

El hecho científico, como el comercial y el artístico, es hecho social, no individual. Si uno, se completa con la transacción entre vendedor y comprador, y el otro con la fruición del público, el primero alumbra cuando es transmitido, razonado,

cuestionado, comprendido y asentado en el inventario de la ciencia.

Preguntarse, por qué la publicación científica equivale a preguntarse por qué la ciencia, ya que separadas no son posibles. Lo que no se publica no se conoce, y lo que no se conoce no es. Un rayo estalla solitario. Nadie oye. ¿Sonó?

El pensamiento científico es rayo que requiere longitud de onda perceptible al oído de la ciencia. Ser expresado científicamente: con claridad, concisión, precisión, veracidad, sustentación, demostración; y en su lenguaje, vocabulario, preceptiva, códigos, lógica y ética.

El edificio médico se levanta históricamente sobre los trabajos de Hipócrates, Galeno, Paré, Pasteur porque fueron escritos y difundidos. Pero no hace pie con las empíricamente desarrolladas medicina y cirugía precolombinas americanas porque no lo fueron.

Los cirujanos plásticos, observamos, indagamos, estudiamos, asistimos, interrogamos, examinamos, cotejamos, discutimos, concluimos, diagnosticamos, tratamos, diseñamos, operamos, comprobamos, seguimos nuestros casos, anotamos en sus historias y archivamos.

Igual que cualquier investigador, debemos escribir qué hicimos, cómo lo hicimos, y cuanto hallamos haciéndolo. Acumulamos memoria, pero hasta no transformarla en pensamiento científico y comunicarlo como tal, no hacemos ciencia. Permaneceremos en la base de la pirámide. Fundamental, pero solo asistencial, en términos médicos. O, en términos editoriales, en los materiales y métodos, antes de los resultados, análisis, discusión, presentación y escrutinio por la gran asamblea.

¿El cirujano inédito es científico? Será, circunscrito a su rutina, un hábil operario, versión moderna del buen barbero-cirujano, virtuoso quizás, y acaso por vía mercantil, profesional acaudalado. Más no científico, ni artista.

El que trasciende y sublima su trabajo manual, profundiza, descubre, crea, dice; enseña sus aciertos y desaciertos, expone su experiencia al juicio de los pares.

Ejerce su derecho a voz en la gran discusión del oficio. Honra su deber de contribuir al conocimiento. Se gratifica intelectualmente al hacerlo. Tiene suficiente amor propio para la generosidad, es científico y quizás artista.

Quien, al publicar, deja constancia y archivo de su obra. La registra, con fecha. Establece propiedad y prioridad sobre ella. La avala y se avala. Afianza su reputación y derecho a recompensa. Difunde su investigación. Obtiene reconocimiento y quizás colaboración.

Mas las motivaciones personales: Vanidad, ambición, curiosidad, placer, egoísmo, altruismo, serán aleatorias, en tanto el mensaje que transporte sus observaciones, experiencias, hallazgos, resultados, reflexiones, conclusiones, tenga coherencia, inteligibilidad y validez para la ciencia. ¿A quién importa si Colón descubrió América por virtud o por pecado?

La invención de la escritura, seis milenios atrás, hizo perdurable la palabra. De aquella época guardamos las primeras comunicaciones precientíficas, los más antiguos documentos médicos:

Los romanos, dirían: «Quod non est in acta non est in mundo», lo que no está escrito no existe. Y los norteamericanos: «Publish or perish», pública o muere. Conscientes de que las

publicaciones, más que los encantos personales, miden la productividad y el rango académicos.

La escritura trasciende tiempo y espacio. La redacción da significado, y la publicación ubicuidad. Pero, no se puede garabatear y tirar al mar en una botella. Debe, no solo redactarse científicamente, sino viajar en nave fiable, con bandera, tonelaje, calado, estabilidad, brújula y cupo.

En una revista, esa característica la indican: El Número Seriado Estándar Internacional, el arbitraje, la tirada, la especialidad, la indexación, la informatización. ¿Cuál abordar?

Entre idóneas, la posible. Una forma de tirar el manuscrito al mar de los artículos perdidos es obsecarse con revistas inaccesibles. Las de élite rechazan más del 95%. Y se equivocan, a veces. Para citar un caso, local.

En 1970, el *Plastic and Reconstructive Surgery*, rechazó, a nuestro inolvidable profesor Miguel Orticoechea, su trabajo: «El método de colgajo cutáneo muscular, un sustituto al delay»; por «no presentar nada nuevo». Tenaz, logro publicarlo dos años después en el *British*, siendo reconocido mundialmente como la primera propuesta de colgajos miocutáneos.

La mejor opción, para el autor, es la que fleta su obra. Pues la validez de esta justifica el medio, no al contrario. La historia de la ciencia está llena de logros no atribuidos a quien los alcanzó primero sino a quien los publicó primero. Se publica por necesidad, por deber y por derecho.

Datos de contacto del autor

Jorge Arturo Díaz Reyes, MD.
Correo electrónico: direccionrevistacientifica@cirugiaplastica.org.co; jadir45@gmail.com